

SLASH



SLASH

Slash con Anthony Bozza

Traducción:
Óscar Palmer Yáñez



es pop ediciones

TÍTULO ORIGINAL:

Slash

HarperCollins

Nueva York, 2007

1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2010

Published by arrangement of HarperCollins Publishers

© 2007 by Dik Hayd International LLC

© 2010 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez

© 2010 de esta edición: Es Pop Ediciones

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Concha Yáñez y Rafael Díaz

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España

ISBN: 978-84-936864-3-7

Depósito legal: M-42152-2010

A MI CARIÑOSA FAMILIA,
POR TODO SU APOYO EN LOS BUENOS
MOMENTOS Y EN LOS MALOS

Y A TODOS LOS FANS DE GUNS N' ROSES, VIEJOS Y NUEVOS;
SIN SU INFATIGABLE LEALTAD E ILIMITADA PACIENCIA,
NADA DE TODO ESTO IMPORTARÍA



Teniéndolo todo en cuenta

Sentí como si me golpearan con un bate de béisbol en el pecho, pero desde dentro. Manchas de un azul claro parpadearon en los márgenes de mi campo visual. Violencia silenciosa, abrupta, sin sangre. Nada parecía haberse roto, nada parecía haber cambiado radicalmente a simple vista, pero el dolor hizo que mi mundo se detuviera. Seguí tocando; terminé la canción. El público no sabía que mi corazón había dado un salto mortal justo antes del solo. Mi cuerpo me acababa de administrar una retribución kármica, recordándome, sobre el escenario, la de veces que le había servido intencionadamente un doble rizo químico.

La descarga se convirtió rápidamente en un dolor amortiguado y agradable. Me sentía más vivo que en el momento anterior, porque *estaba* más vivo. La máquina en mi corazón me acababa de recordar lo preciosa que es la vida. Su sentido de la oportunidad fue impecable: con un estadio a rebosar frente a mí, mientras tocaba la guitarra. Recibí el mensaje con toda claridad. De hecho lo recibí un par de veces aquella noche. Y después volvería a recibirlo alguna que otra vez más sobre un escenario. Nunca sabía en qué momento llegarían y, por aparatosos que fueran, no lamento aquellos momentos de claridad alienada.

Un médico me había instalado un desfibrilador en el corazón a los treinta y cinco. Quince años de drogadicción y de excesos con la bebida habían hinchado el órgano de tal manera que le faltaba poco para reventar. Cuando finalmente me hospitalizaron, me dijeron que me quedaban entre seis días y seis semanas de vida. Han pasado seis años desde entonces y este aparato



me ha salvado la vida en no pocas ocasiones. También he disfrutado de un efecto secundario que al doctor se le olvidó mencionar: cuando mis excesos han provocado que mi corazón latiera peligrosamente despacio, mi desfibrilador lo ha sacudido alejando de mí a la muerte un día más. También lo subyuga cuando empieza a latir tan rápido como para provocarme un paro cardíaco.

Hice bien en regulármelo justo antes de la primera gira con Velvet Revolver. Me mantuve sobrio durante la mayor parte de la misma; lo suficientemente sobrio como para que la excitación de tocar con una banda en la que creía frente a fans que creían en nosotros me conmoviera hasta lo más hondo. Hacía años que no me había sentido tan inspirado. Corría por todo el escenario; me empapaba con el fulgor de nuestra energía colectiva. Mi corazón palpitaba con suficiente intensidad como para haber activado aquella maquinaria oculta en mi interior todas y cada una de las noches. Para entonces ya no los necesitaba, pero un par de años antes había recibido con agrado aquellos recordatorios. Los acepté como lo que eran: extraños instantes extemporáneos que encapsulaban toda una vida de sabiduría adquirida a las duras.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Slash', with a long horizontal stroke extending to the right.

SLASH

**Aprendes a vivir
como un animal**



Sat., Jan. 4th 11:00
Troubadour

"GET YOURSELF TOGETHER, DRINK TILL YOU DROP,
FORGET ABOUT TOMORROW AND HAVE ANOTHER SHOT!"

Happy New Year!

FROM THE BOYS WHO BROUGHT YOU THE MOST CHAOTIC SHOWS OF '85

**2.00 OFF
WITH FLYER**

**SEND DONATIONS TO: GUNS N' ROSES
KEEP US OUT OF JAIL FUND
9000 SUNSET BLVD., SUITE 405
HOLLYWOOD, CA 90069**

**2.00 OFF
WITH FLYER**

Una de las primeras octavillas del grupo, diseñada por Slash.

6 capítulo

No éramos el tipo de personas que aceptaban un no por respuesta. Era mucho más probable que fuéramos nosotros quienes diéramos un no por respuesta. Como individuos, cada uno de nosotros era astuto, autosuficiente y estaba acostumbrado a hacer las cosas a su modo; muerte antes que compromiso. Cuando pasamos a ser una unidad, esa cualidad se multiplicó por cinco, porque ahora nos teníamos unos a otros para guardarnos las espaldas con tanta ferocidad como lo hacíamos por nosotros mismos. Las tres definiciones habituales de la palabra *pandilla* nos eran perfectamente aplicables: 1) éramos un grupo estrechamente asociado por motivos sociales así como por su conducta canallesca; 2) éramos un grupo de individuos con gustos compatibles e intereses mutuos que se reunían para trabajar juntos; y 3) éramos un grupo de personas que se asociaban con propósitos criminales o antisociales. También compartíamos el sentido de la lealtad de las pandillas: sólo confiábamos en nuestros más antiguos amigos y encontrábamos todo lo necesario para seguir adelante los unos en los otros.

Nuestra voluntad de grupo nos llevó al éxito en nuestros propios términos, pero no facilitó el viaje. Éramos diferentes a todos los demás grupos del momento; no aceptábamos de buen grado las críticas de nadie, ni de nuestros pares ni de los charlatanes que intentaron hacernos firmar injustos contratos de representación, ni de los representantes de las discográficas que querían firmarnos para su sello. No hicimos nada para buscar su aceptación y rehuíamos el éxito fácil. Esperamos a que nuestra popularidad hablara por sí misma y a que la industria no le quedara más remedio que prestar atención. Y entonces les hicimos pagar.

ENSAYÁBAMOS TODOS LOS DÍAS, TRABAJANDO CANCIONES QUE conocíamos y nos gustaban de nuestros grupos anteriores, como por ejemplo “Move to the City” y “Reckless Life”, que habían sido compuestas por una versión u otra de Hollywood Rose. Nuestra mesa de mezclas era una mierda, de modo que componíamos la mayor parte de la música sin que Axl cantara con nosotros. Él cantaba para sí mismo y escuchaba e iba comentando lo que hacíamos con los arreglos. En tres noches, habíamos completado un repertorio que incluía “Don’t Cry” y “Shadow of Your Love”, de modo que decidimos unánimemente que ya estábamos maduros para el consumo público. Podríamos haber conseguido un concierto local porque, colectivamente, conocíamos a todas las personas adecuadas, pero no, decidimos que tras tres ensayos estábamos preparados para una *gira*. Y no sólo una gira de fin de semana por clubes cercanos a L.A. Aceptamos la oferta de Duff de conseguirnos conciertos en garitos desde Sacramento hasta su ciudad natal, Seattle. Era completamente improbable pero a nosotros nos parecía la idea más sensata del mundo.

Planeábamos empaquetar el equipo y partir en un par de días, pero nuestra obsesión acojonó a nuestro batería, Rob Gardner, de tal manera que prácticamente dejó la banda al momento. No nos sorprendió a ninguno, porque Rob tocaba bastante bien pero desde el principio no había terminado de encajar, no estaba hecho de la misma pasta, no era uno de *nosotros*, no era del tipo “voy a vender mi alma por el rock and roll”. Fue una despedida fría (no podíamos imaginar que alguien que había participado en aquellos tres ensayos no quisiera salir de gira por toda la costa como miembro de un grupo desconocido con sólo nuestros instrumentos y la ropa que lleváramos puesta), pero aceptamos su decisión. En cualquier caso aquello no iba a detenernos, así que llamé al único batería que conocía capaz de partir aquella misma noche si se lo pedíamos: Steven Adler.

Observamos a Steven instalar su batería azul plateada y le oímos calentar machacando el doble bombo al día siguiente durante el ensayo. Sus opciones estéticas no encajaban, pero tampoco era un problema irresoluble. Fue una situación que rectificamos al más puro estilo Guns: en el momento en el que Steven salió afuera a mear, Izzy y Duff le escondieron uno de los bombos, un tom y un par de timbales. Steven volvió, se sentó, contó hasta cuatro y atacó la siguiente canción antes de darse cuenta de que le faltaba algo.

—Hey, ¿dónde está el otro bombo? —preguntó mirando a su alrededor, como si se le hubiera caído de camino al baño—. Tenía dos... ¿y los otros timbales?

—Tranquilo, tío. No los necesitas, vuelve a darnos la entrada y vamos a seguir con la canción.

Steven nunca recuperó su segundo bombo y fue lo mejor que le pudo pasar. De los cinco, él era el más contemporáneo y convencional, lo cual, todo sea dicho, también aportaba un elemento esencial a nuestro sonido, pero tampoco pensábamos dejarle que se pasara la noche machacándonos. Le obligamos a ser un batería convencional de 4/4, lo cual complementaba y se ajustaba perfectamente al estilo de tocar el bajo de Duff, a la vez que nos otorgaba a Izzy y a mí la libertad para mezclar el rock de influencia bluesera con la energía neurótica del punk de primera generación. Eso por no mencionar lo que aportaban las letras de Axl y su modo tan particular de cantarlas. Axl tenía una voz única; brillante en gama y tonalidad, pero a pesar de que a menudo era intensa y agresiva, tenía una cualidad sorprendentemente sentimental y melódica que había desarrollado cantando en un coro de iglesia cuando aún estudiaba primaria.

Tras aquella primera prueba, Steven fue aceptado y la alineación original de Guns N' Roses quedó finalmente establecida. Duff nos había organizado la gira; lo único que necesitábamos eran ruedas. Cualquiera que conozca bien a un músico, tanto si ha tenido éxito como si no, sabrá que generalmente somos adeptos a «pedir prestado» a nuestros amigos. Sólo hizo falta una llamada telefónica y muy pocos argumentos para convencer a nuestros amigos Danny y Joe, de cuyo coche y fidelidad hicimos uso frecuente en aquellos tiempos. Para endulzar el trato, designamos a Danny coordinador de gira y a Joe *roadie*, y a la mañana siguiente fuimos con el tanque de Danny, un viejo Oldsmobile verde, hasta el Valle para recoger un remolque en el que apilar nuestros amplis, guitarras y la batería.

Éramos siete apiñados en el interior de aquel Olds de mediados de los setenta, dispuestos a emprender —aunque creo que nadie al margen de Duff era consciente de ello— un viaje de más de mil seiscientos kilómetros. Estábamos a las afueras de Fresno, a trescientos veinte kilómetros de L.A. y a otros tantos para llegar a Sacramento, cuando el coche se rompió. Danny no era el tipo de persona que gastaba dinero en seguros, de modo que tuvimos suerte de quedar a una distancia razonable de una gasolinera, hasta la que llegamos empujando y donde averiguamos que harían falta cuatro días para recibir los repuestos indicados para arreglar aquella bestia antediluviana. A aquel ritmo, no llegaríamos a ninguno de los conciertos.

Nuestro entusiasmo era demasiado grande como para aceptar retrasos o reflexiones prácticas, de modo que les dijimos a Danny y a Joe que se quedaran con el coche y el equipo hasta que lo hubieran reparado y que se reunieran con nosotros en Portland (a unos 280 kilómetros de allí) para tocar el último concierto de la gira con nuestro propio equipo. Hubo un breve

momento durante el cual Danny y Joe intentaron convencernos de que nos quedáramos con ellos en Fresno hasta que el coche pudiera volver a salir a la carretera, pero ni eso ni tampoco la opción más evidente de volverse a casa fue considerada con un mínimo de seriedad. Ni siquiera habíamos pensado cómo ir de un sitio a otro, así que mucho menos cómo íbamos a encontrar una batería y amplificadores prestados cuando llegáramos allí. La verdad es que todo aquello nos importaba una mierda; no dudamos. Salimos a la carretera y empezamos a hacer autoestop.

Les dimos a Danny y a Joe todo el dinero del que pudimos prescindir para pagar la reparación —probablemente unos veinte dólares— y salimos por la rampa de acceso a la carretera, con nuestras fundas de guitarra en la mano. Un par de horas sin que ni un solo vehículo redujera siquiera la marcha no bastaron para mermar nuestra confianza. Decidimos probar la eficacia de las diversas configuraciones que podíamos presentar ante los conductores; cinco tipos sin equipaje; dos tipos haciendo autoestop y otros tres escondidos entre los matorrales; un tipo con una funda de guitarra; sólo Axl e Izzy; sólo Izzy y yo; sólo Axl y yo; sólo Steven, saludando con la mano y sonriente; sólo Duff. Nada parecía funcionar; las gentes de Fresno no nos querían de ninguna forma o manera.

Hicieron falta seis horas para que apareciera nuestro tipo de inadaptado: un camionero dispuesto a llevarnos a todos, amontonados en los asientos delanteros y en un pequeño banco tras la cabina. El espacio era reducido y quedó más reducido aún por las fundas de nuestras guitarras y por la pura intensidad de la adicción a las anfetaminas del tipo. Compartió generosamente con nosotros sus reservas, lo cual hizo más digeribles sus interminables historias sobre la vida en la carretera. Nosotros cinco éramos bastante cínicos y sarcásticos, de modo que al principio nos entretuvo cantidad la locura del tipo. A medida que la noche, el día siguiente y el otro pasaron zumbando junto al parabrisas, pensé que no había otro sitio en el que me apeteciera más estar. Cuando parábamos en áreas de servicio para que el tipo pudiera echarse a dormir un rato —en períodos de tiempo completamente inconsistentes que podían variar entre una hora y medio día— nosotros nos sentábamos en un banco a escribir canciones hasta que salía el sol o dábamos paseos tirándonos latas a las ardillas.

Tras un par de días así, nuestro chófer empezó a oler particularmente mal y su personalidad anteriormente afable y charlatana dio un oscuro giro hacia lo majara. Nos quedamos desencantados. Él nos informó de que debía hacer un desvío para recoger más anfetaminas que le traía «su vieja», la cual, supongo, conducía hasta puntos determinados de su ruta para mantenerlo suministrado.

No parecía que la situación fuera a mejorar, de modo que la siguiente vez que paró en una área de descanso, nos aburrimos y decidimos que había llegado el momento de cambiar. Volvimos a salir a la carretera, suponiendo que en el peor de los casos el camionero podría volver a recogernos cuando se despertara. Probablemente ni siquiera fuera a pensar que habíamos pasado de él.

Nuestras perspectivas no eran muy favorables, porque entre los cinco no teníamos ni un solo gramo de atractivo, a juzgar por el abrigo rojo y negro de cuero de Duff, nuestras chupas negras, el pelo largo y un par de días de suciedad de la carretera. No tengo ni idea de cuánto estuvimos esperando, pero al fin conseguimos que nos recogieran dos chavalas en una *pickup* que nos llevaron hasta las afueras de Portland. Una vez nos encontramos dentro de los límites de la ciudad, todo fue bien. Un amigo de Duff, Donner, nos había enviado a una colega de Seattle para informarnos de que Danny y Joe habían llamado para decir que al parecer el coche no estaba en condiciones de hacer todo el trayecto y que habían regresado a L.A. La verdad, nos daba igual, estábamos decididos a seguir adelante, a pesar de que no habíamos tocado en ninguno de los locales previstos. No nos importaba siempre y cuando pudiéramos llegar al último concierto de la gira, que estaba previsto en Seattle y que acabó siendo la primera actuación en la historia de Guns N' Roses.

Llegar hasta Seattle fue especialmente victorioso, no sólo por haberlo conseguido (el último trayecto se desarrolló sin incidentes) sino porque además la casa de Donner era lo más parecido que había visto en mi vida a *Desmadre a la americana*. El día que llegamos, organizaron una barbacoa en nuestro honor que, por lo que pude ver, no llegó a terminar nunca; seguía en pleno apogeo cuando nos marchamos tal y como lo había estado cuando todos los asistentes habían jaleado la llegada de aquellos cinco desconocidos de L.A. que acababan de entrar por la puerta. Había un suministro interminable de marihuana, litros y más litros de alcohol y gente durmiendo, flipando o follando en todos los rincones. Era una fiesta digna de después de un concierto de Guns N' Roses... que había empezado antes de nuestra primera actuación.

Llegamos a la casa de Donner unas horas antes de tener que salir al escenario. No teníamos nada más que las guitarras, así que lo primero que necesitábamos era encontrar un equipo. Como ya he dicho, antes de mudarse a L.A. Duff había tocado en legendarios grupos punk de Seattle, de modo que pudo pedir unos cuantos favores. Llamó a Lulu Gargiulo de los Fastbacks y ella nos prestó su batería y sus amplis. Fue esta contribución personal la que hizo posible el primer concierto de Guns N' Roses, y por ello me gustaría darle las gracias de nuevo desde aquí.

El club se llamaba Gorilla Gardens y era el epítome de agujero para punkarras: era húmedo y sucio y olía a cerveza rancia. Estaba situado justo junto al mar, en un puerto industrial que le aportaba un aire vagamente marítimo, pero nada pintoresco. En vez de sobre un muelle de madera, estaba situado al final de una franja de hormigón; parecía el tipo de escenario en el que se cierran los tratos en las películas de gánsters de la costa este, y para redondearlo llovía y hacía frío.

Llegamos, tocamos nuestro set y el público no se mostró ni hostil ni cordial. Probablemente interpretamos siete u ocho temas (“Move to the City”, “Reckless Life”, “Heartbreak Hotel”, “Shadow of Your Love” y “Anything Goes” entre ellas), y acabamos bastante rápido. Aquella noche fuimos una interpretación cruda de lo que era realmente el grupo; tan pronto como desapareció la energía nerviosa, al menos para mí, habíamos acabado. Dicho esto, tuvimos pocos fallos y en general la actuación salió bastante bien... hasta que tuvimos que cobrar el dinero que se nos debía. Aquella fue una batalla que se nos hizo tan cuesta arriba como todo el inicio de nuestra carrera.

El propietario del club se negó a pagarnos los 150 dólares que nos había prometido. Afrontamos aquel obstáculo de la misma manera que todo el viaje, como grupo. Desmontamos el escenario, lo dejamos todo empacado en la calle y arrinconamos al tipo en su despacho. Duff habló con él mientras los demás nos apelonábamos a su alrededor, con pinta de chungos y soltando alguna que otra amenaza. Bloqueamos la puerta y lo mantuvimos de rehén hasta que finalmente soltó cien dólares. Nos dio una excusa de mierda para explicar por qué nos estaba racaneando 50 dólares, pero no nos molestamos en llegar hasta el fondo del asunto; cogimos los cien pavos y nos largamos.



TENGO UNA IMAGEN DE NUESTROS DÍAS EN SEATTLE que para mí lo resume todo, es la de un televisor al revés. Recuerdo haberme tumbado con medio cuerpo en la cama, dejando colgar la espalda por fuera de tal manera que daba con la cabeza en el suelo. Había otros dos tipos cantidad de pasados a los que no conocía tumbados cada uno a un lado, y yo andaba tan colocado que pensé haber encontrado la mejor postura del mundo. La sangre se agolpaba en mi cerebro mientras veía *El abominable Dr. Phibes*, con Vincent Price, sin que se me ocurriera otra cosa que me apeteciera más.

Tras un par de días de festejos en casa de Donner, nos volvimos a apiñar en el coche de su colega, a la que llamaremos Jane, la cual estaba loca o bien le caíamos muy bien, ya que se ofreció a llevarnos todo el camino de vuelta

hasta L.A. Todavía no estoy seguro de cuál de las dos era la respuesta adecuada. Llegamos a Sacramento, a 1.200 kilómetros de allí, antes de hacer la primera parada. Para aquel entonces no quedaba más remedio: Jane no era de las que arregla el aire acondicionado, y teniendo en cuenta el calor veraniego podría haber sido letal seguir avanzando.

Aparcamos y nos pasamos la tarde vagando por el área cercana al Capitolio, pidiendo suelto para poder comer algo. Al cabo de un par de horas, juntamos nuestras ganancias y nos metimos en un McDonald's, donde apenas pudimos comprar suficiente comida para los seis. Después, nos echamos a la sombra de un par de robles en el parque que hay frente al Capitolio, en busca de refugio ante el calor. Llegó a ser tan insoportable que saltamos una verja y nos metimos en la piscina de un hogar de convalecencia. Nos sudaba la polla estar allanando una propiedad privada; de hecho, si nos hubieran arrestado, habría sido una mejora. Al menos nos habrían dado comida y un recinto más fresco que el coche de Jane. Tan pronto como se hubo puesto el sol y hubo refrescado lo suficiente como para volver a montar en aquel trasto, volvimos a la carretera.

No me di cuenta de ello hasta años más tarde, pero aquel viaje nos cimentó como grupo mucho más de lo que pudiéramos haber sospechado, pues puso a prueba nuestra entrega. Habíamos ido de juerga, habíamos tocado, habíamos sobrevivido, habíamos perseverado y habíamos acumulado toda una vida de anécdotas en sólo dos semanas. ¿O había sido una? Creo que sólo fue una semana... Yo qué sé.



TIENE SENTIDO QUE EL PRIMER CONCIERTO DE GUNS TUVIERA lugar en Seattle porque, por mucho que L.A. fuera nuestro hogar, teníamos tanto en común con el grupo medio angelino como el clima de Seattle con el de California. Nuestras principales influencias eran Aerosmith, especialmente para mí, y luego T-Rex, Hanoi Rocks y los New York Dolls. Supongo que uno podría decir incluso que Axl era una versión de Michael Monroe.

De vuelta en L.A. tras nuestra primera actuación en directo como grupo, estábamos dispuestos a ensayar de nuevo y a aprovechar el impulso. Teníamos un local en Silverlake y un día regresábamos a casa todos juntos en el pequeño Toyota Celica de Duff después de haber ensayado. Al salir a un cruce para girar a la izquierda, fuimos embestidos de costado por un tipo que venía a 90 kilómetros por hora. Steven se rompió el tobillo porque tenía las piernas estiradas entre los dos asientos delanteros, y todos salieron bastante baqueteados, yo el que menos, ya que pude salir por mi propio pie y prácticamente ileso. Fue un accidente peligroso; el coche de Duff quedó

en siniestro total y nosotros podríamos haber acabado igual. Habría sido una cruel ironía del destino: morir todos juntos como grupo justo cuando acabábamos de encontrarnos.



EMPEZAMOS A QUEDAR CON ALGUNOS DE LOS TIPOS MÁS TURBIOS de la movida musical en L.A. Formaban parte de un submundo cuya existencia era ignorada por el típico aficionado al rock de Sunset Strip. Uno de aquellos personajes era Nicky Beat, que había sido batería de L.A. Guns durante algunos minutos, pero pasaba el tiempo principalmente tocando en grupos glam menos conocidos, como The Joneses. Nicky no era necesariamente turbio, pero tenía un montón de amigos que sí lo eran. También tenía un estudio montado en su casa, en Silverlake, adonde íbamos cargados con nuestro equipo a tocar, y allí fue donde el grupo realmente terminó de encajar. Izzy tenía algo titulado “Think About You” que nos gustaba, y revisamos “Don’t Cry”, que era la primera canción en la que había trabajado con Izzy. Izzy tenía otro *riff* para una canción titulada “Out Ta Get Me” que me enganchó de inmediato nada más oírla; terminamos de redondearla en nada de tiempo. Axl recordaba un *riff* que le había tocado cuando había estado viviendo en casa de mi madre (para entonces parecía que hacía siglos); era la introducción y el *riff* principal de “Welcome to the Jungle”. Aquella fue la primera canción escrita realmente con la colaboración de todo el grupo. Estábamos sentados en nuestra sala de ensayos intentando componer algo cuando Axl se acordó de aquel *riff*.

—Hey, ¿te acuerdas de aquel *riff* que me tocaste hace algún tiempo?
—preguntó.

—¿Cuando estabas viviendo en mi casa?

—Sí. Era bueno. Vamos a oírlo.

Empecé a tocarlo y de inmediato Steve añadió un ritmo, Duff se unió a nosotros con un fraseo de bajo y para allá que fuimos. Yo no hacía más que seguir añadiendo fragmentos: el estribillo, el solo, mientras Axl iba desarrollando la letra.

Duff fue la cola de contacto en aquel tema (fue a él a quien se le ocurrió el *breakdown*, ese fraseo brutal con el bajo que se oye casi al final) e Izzy aportó la textura. En unas tres horas, la canción había quedado completada. Los arreglos eran prácticamente los mismos con los que apareció en el disco.

Necesitábamos una introducción, y a mí se me ocurrió una aquel día utilizando el *delay* digital de mi pedal Boss baratero. Al final le saqué un buen rendimiento a aquel cacharro porque, por cutrongo que fuera, aquel

pedal nos dio el tenso efecto de eco que creaba el ambiente necesario para la canción y, con el tiempo, para todo nuestro álbum de debut.

Muchas de las primeras canciones nos salieron con casi demasiada facilidad. “Out Ta Get Me” quedó lista en una tarde, incluso más rápido que “Jungle”. Izzy apareció con el *riff* y la idea básica para la canción y en el preciso instante en que empezó a tocarla, las notas comenzaron a inspirarme. La terminamos tan rápido que creo que incluso la sección más complicada —las partes con la guitarra dual— quedaron compuestas en menos de veinte minutos.

Yo nunca había estado en un grupo en el que fragmentos de música que me resultaran tan inspiradores brotaran con tanta fluidez. No puedo hablar por los demás, pero juzgando la velocidad con la que convergió nuestra creatividad colectiva, asumo que debieron de sentir algo similar. En aquel entonces parecíamos compartir un conocimiento común y una especie de lenguaje secreto; era como si ya supiéramos de antemano lo que los demás iban a traer al ensayo y ya hubiéramos escrito una parte apropiada para complementar la canción. Cuando estábamos todos en la misma onda, realmente era así de fácil.



LES PEDÍAMOS PRESTADA LA ROPA A LAS CHAVALAS Y EN UN PRINCIPIO teníamos un aspecto como de glam tirado, aunque un poco más agresivo. Muy pronto, sin embargo, nos volvimos perezosos como para ponernos maquillaje y todo eso, por lo que nuestra fase glam fue realmente breve. Además, la ropa era un problema porque cambiábamos continuamente de novias y uno nunca sabía cómo iba a vestir la siguiente. Tampoco creo que a mí me pegara demasiado, no tenía el típico físico de blanco melencudo y demacrado. Abandonar aquella idea nos dio una ventaja en última instancia: éramos más crudos, más tradicionales y más genuinos; más un producto del propio Hollywood que de la movida glam angelina.

También éramos la banda de rock and roll con mayor fama de lunáticos. Nos encantaba estar fuera de lugar y aceptábamos todas las actuaciones que nos ofrecían. Practicábamos a diario y las canciones nuevas brotaban con rapidez; las poníamos a prueba en directo frente a la jaranera muchedumbre de locales como Madame Wong’s West, el Troubadour y el Whisky. Yo consideraba todo lo que hacíamos como un paso más en un camino en el que todo era posible. Para mí era bien sencillo: si nos limitábamos a centrarnos siempre en superar el obstáculo más inmediato, acabaríamos por llegar rápidamente del punto A al punto C, por larga que fuese la distancia.



Slash durante la fugaz fase glam de Guns.

Con cada concierto que dábamos ganábamos nuevos fans y, por lo general, también algunos enemigos. No nos importaba. Cuanto más aumentaba el público que éramos capaces de reunir, más fácil nos resultaba conseguir actuaciones. Nuestros fans, desde el principio, siempre fueron de lo más variado: teníamos punkis, teníamos metaleros, teníamos porretas, teníamos psicópatas, algún que otro rarete y un par de almas perdidas. Nunca eran

fácilmente identificables ni cuantificables... De hecho, después de todos estos años, sigo sin ser capaz de definirlos a todos mediante una frase sencilla, lo cual me parece estupendo. Los fans más acérrimos de Guns eran, supongo yo, espíritus afines; inadaptados que habían convertido su naturaleza de proscritos en una afirmación.

Tan pronto como nuestra fama empezó a crecer a nivel local, firmamos con Vicky Hamilton, una representante que había ayudado tanto a Mötley Crüe como a Poison en sus primeros tiempos. Vicky era una rubia platino de metro setenta y cinco, con problemas de sobrepeso y una voz quejumbrosa, que sencillamente creía en nosotros y lo demostró promocionándonos gratis. Me caía muy bien Vicky, era muy sincera y tenía buenas intenciones; me ayudó a imprimir carteles para nuestras actuaciones, puso anuncios en el *L.A. Weekly* y trató con los promotores de nuestros conciertos. Trabajé con ella haciendo todo lo que pude para mejorar la causa; con su ayuda, todo empezó a despegar de verdad.

Pasamos a tocar al menos una vez por semana, y a medida que nuestra visibilidad iba aumentando también lo hacía la necesidad de hacerse con algo de ropa nueva; mis tres camisetas, mi única chaqueta de cuero, un solo par de vaqueros y un solo par de pantalones de napa no iban a bastar. Decidí que tenía que hacer algo la tarde antes de que diéramos nuestra primera actuación como cabeza de cartel, un sábado en el Whisky.

No tenía los medios para conseguir gran cosa, de modo que recorrí las tiendas de Hollywood buscando rebajas o liquidaciones. Robé un cinturón concho en una tienda llamada Leathers and Treasures; era negro y plateado, como el que llevaba siempre Jim Morrison. Planeé ponérmelo sobre los vaqueros o sobre los pantalones de napa (que había encontrado en el contenedor del viejo complejo de apartamentos de mi abuela) y continué buscando. Encontré algo interesante en un local llamado Retail Slut. Ni de coña podía permitírmelo y, por primera vez en mi vida, no se me ocurría un modo de robarlo... pero supe que tenía que ser mío.

Una gran chistera negra no es como para metérsela debajo de la camiseta, si bien a mí me han robado tantas en el transcurso de los años que alguien debe de haber ideado una técnica efectiva que yo desconozco. En cualquier caso, no sé si es que el personal no se percató o que pasaban de todo, pero me limité a quitarle la chistera al maniquí y a salir con ella de la tienda como si nada, sin volver la vista atrás. No sé por qué, pero el sombrero sencillamente me llamó.

En cuanto volví al apartamento en el que vivía entonces, me di cuenta de que mis nuevas «adquisiciones» se complementarían mejor la una a la otra como una sola: recorté el cinturón para que se ajustara a la chistera y me

gustó cómo quedaba. Más feliz me hizo comprobar que con mi nuevo accesorio bien calado sobre la cabeza podía verlo todo pero nadie podía verme realmente a mí. Algunos dirán que de todos modos un guitarrista se oculta siempre tras su instrumento, pero mi sombrero me ofrecía además una comodidad impenetrable. Y a pesar de que nunca consideré que fuera un detalle original, al menos era mío, un rasgo propio que acabó convirtiéndose en parte indeleble de mi imagen.



CUANDO EMPEZAMOS CON GUNS YO TRABAJABA EN un quiosco de prensa en Fairfax con Melrose. Había estado viviendo con mi novia intermitente, Yvonne, hasta que se hartó de mí, momento en el que volvimos a cortar, dejándome sin lugar donde vivir. Mi encargada en el quiosco, Alison, me dejó refugiarme en su salón a cambio de pagarle la mitad del alquiler. Era una chavala muy guapa aficionada al reggae, con un piso en Fairfax con Olympic, que estudiaba una carrera en clases nocturnas. Alison era atractiva, pero yo siempre pensé que o bien era un poco mayor para mí o que yo era un poco joven para ella; en cualquier caso, nunca tuvimos ese tipo de relación. Nos llevábamos bien y cuando ella dejó el quiosco por un curro mejor, tuve la suerte de heredar su cargo.

Alison siempre me trató como a un gato vagabundo simpático al que hubiera acogido, y yo hice poco porque cambiara de opinión. Como inquilino suyo, no ocupaba mucho espacio. Mis posesiones se limitaban a la guitarra, un baúl negro lleno de revistas de rock, casetes, un despertador, un par de fotos y la ropa que tuviera o me hubieran regalado en ese momento. Y luego estaba mi serpiente, Clyde, en su jaula.

En cualquier caso, mi trabajo en el quiosco llegó a su abrupto fin en el verano de 1985, cuando una emisora local de rock, KNEC, organizó una fiesta en Griffith Park, incluyendo transporte gratuito en autobuses que salían desde el Hyatt en Sunset Strip. Me dirigí hacia allí nada más salir del trabajo con dos medios litros de Jack Daniel's en los vaqueros, sin importarme una mierda que esperaran que abriera el quiosco a las cinco de la mañana siguiente. Según lo recuerdo, fue una noche de verano cargada de excesos; los porros y las botellas habían empezado a circular ya en los autobuses de camino hacia el parque. Había cantidad de personajes locales y de músicos a bordo, y cuando llegamos allí encontramos música y una barbacoa. El césped estaba sembrado de gente haciendo de todo.

Aquella noche pillé tal pedo que me llevé a una chavala a casa de Alison y me la estaba follando en el suelo del salón cuando Alison llegó y

nos sorprendió *in fraganti*. No tuvo que decirme nada; su expresión ya me comunicó que no estaba nada contenta. De todos modos seguí despierto junto a aquella chica hasta que llegó la hora de ir a trabajar. Para cuando la hube vestido y enviado de vuelta a su casa, ya llegaba tarde y mi jefe, Jake, me había llamado. Mi posición ya era precaria, porque utilizaba el teléfono del quiosco para hacer llamadas relacionadas con el grupo tan a menudo que él empezó a llamar durante mis turnos para sorprenderme, lo cual demostró ser complicado. En aquellos tiempos aún no se había inventado la llamada en espera, y como yo estaba constantemente al teléfono Jake llegaba a pasarse horas antes de conseguir hablar conmigo sólo para gritarme. No hará falta decir que aquel día le cabreó bastante que no hubiera ido a abrir.

—Sí, Jack, lo siento —farfullé, bastante borracho todavía, cuando llamé por segunda vez—. Sé que llego tarde, me han entretenido, pero ya voy de camino.

—Oh, ¿vienes *de camino*? —dijo él.

—Sí, Jack, en seguida estoy ahí.

—No hace falta —dijo—. No te molestes. Ni *hoy*. Ni *mañana*. Ni *nunca*.

Hice una pausa momentánea para asumir lo que me acababa de decir:

—¿Sabes, Jake? Probablemente sea una buena idea.



EN AQUEL ENTONCES, DUFF E IZZY SEGUÍAN VIVIENDO UNO frente al otro en la avenida Orange. Duff tenía una mentalidad de músico de clase trabajadora similar a la mía; hasta que el grupo marchara de verdad, no le parecía bien no tener trabajo, a pesar de que el suyo fuera moralmente sospechoso. Era vendedor telefónico (o ladrón telefónico, dependiendo de tu punto de vista). Duff trabajaba de teleoperador para una de esas empresas que le prometen a la gente algún tipo de premio si acceden a pagar una pequeña tarifa «para cubrir los gastos». Yo había tenido un empleo similar antes de entrar en la fábrica de relojes; me pasaba el día llamando a gente prometiéndoles un Jacuzzi o unas vacaciones tropicales si me «confirmaban» el número de su tarjeta de crédito para cubrir su «tarifa de elegibilidad». Era un negocio desagradable y me largué de allí justo un día antes de que la policía irrumpiera en las oficinas.

Axl y Steven hacían lo que fuera con tal de no trabajar, así que se las apañaban en la calle o gracias a sus novias. Aunque recuerdo una ocasión en la que Axl y yo trabajamos juntos como extras en una película. Salíamos en un par de escenas de multitud en el L.A. Sports Arena para una película titulada *Dale y vete*, en la que Michael Keaton interpretaba a un jugador de hockey.

No nos importaba tanto aparecer en cámara como que nos dieran algo de comer y ganar dinero a cambio de no hacer nada: nos presentábamos por la mañana, recogíamos nuestro ticket para el almuerzo y luego buscábamos algún sitio bajo las gradas donde echarnos a dormir sin que pudieran encontrarnos. Nos despertábamos cuando avisaban de que había llegado la hora de comer con el resto de los extras, luego volvíamos a dormir hasta la hora de salir y cobrar nuestros cien dólares.

Me gustaba ser el extra menos trabajador de la industria cada vez que era posible: no veía nada malo en comer por la patilla y cobrar a cambio de dormir toda la tarde. Esperaba que la historia se repitiera cuando fui elegido por una directora de casting para la película *Sid y Nancy*. Sin que nosotros lo supiéramos, la misma directora había ido contratando en distintos locales a todos los miembros de Guns N' Roses, uno a uno. Todos aparecimos allí el primer día en plan: «Hey, ¿y vosotros qué hacéis aquí?».

No fue demasiado divertido. En realidad, fue como formar parte de un jurado. Había un foso lleno de extras, pero a nosotros cinco nos escogieron para estar en la misma escena de concierto en la que los «Sex Pistols» hacen como que tocan en clubes pequeños. El rodaje requería comparecer a primera hora de la mañana durante tres días consecutivos, con la promesa de un vale para la comida y cien dólares diarios. Un compromiso de tres días resultó ser demasiado para los demás. Al final, fui el único lo suficientemente patético como para finalizar el rodaje.

Que les jodan, me lo pasé bomba; durante tres días filmaron a aquellos «Sex Pistols» tocando en el Starwood, un local que me conocía palmo a palmo. Aparecía por la mañana para fichar y recoger el vale de la comida y luego desaparecía en las entrañas del Starwood a ponerme pedo de Jim Beam, completamente solo. Mientras los demás extras cumplían interpretando el papel de público dando botes frente al escenario, yo lo observaba todo desde un rincón oculto del entresuelo... cobrando el mismo salario.



EN EL MOMENTO EN EL QUE GUNS PASÓ A SER UN GRUPO reputado en el circuito de los clubes, un par de ridículos agentes de Los Ángeles comenzaron a revolotear a nuestro alrededor como buitres, afirmando tener lo necesario para convertirnos en estrellas. En aquel momento habíamos partido peras amigable y temporalmente con Vicky Hamilton, de modo que estábamos abiertos a ofertas, pero la mayoría de las que recibimos eran sencillamente gilipolscas. Uno de los ejemplos más convincentes de lo bajo que pueden llegar a caer estos tipos y de lo que nos esperaba en caso de cometer el error de

hacerles caso nos lo brindó Kim Fowley, el infame personaje que representaba a las Runaways del mismo modo en el que Phil Spector había representado a las Ronettes; básicamente una forma legalizada de semiesclavitud. Kim intentó camelársenos, pero tan pronto como empezó a hablar de quedarse un porcentaje de nuestros derechos como compositores y de establecer un compromiso creativo a largo plazo con él nos quedó bien claro lo que pretendía. Su comportamiento y sus mierdas eran evidentes, ya que Kim era un tipo tan extraño como para no pretender disimularlo siquiera.

En cualquier caso me caía bien y no me importaba salir de fiesta con él... siempre y cuando no se me acercara demasiado. Los demás hacían exactamente lo mismo que yo. Siempre estábamos dispuestos a aprovecharnos de cualquier cosa que cualquiera pudiera ofrecernos sin llegar a prometer nunca nada. Axl siempre aguantaba mientras la conversación fuera interesante, ya que siempre ha sido buen interlocutor. Steven estaba presente siempre y cuando hubiera chavalas. Y yo estaba dispuesto a aguantar cualquier tipo de conversación a cambio de comida, cigarrillos, bebidas o drogas. Una vez que los elementos que nos hubieran atraído se agotaban, uno tras otro íbamos desapareciendo.

Kim nos presentó a un tipo llamado Dave Liebert, que había sido coordinador de gira con Alice Cooper durante un tiempo, además de trabajar con Parliament-Funkadelic Dios sabía cuándo. Ambos estaban empeñados en que firmáramos con ellos como equipo para desplumarnos por completo. Kim me llevó una noche a casa de Dave y recuerdo a éste enseñándonos todos sus discos de oro. Su actitud era: «Eh, chaval, uno de estos podrías ser tú». Asumo que su intención era tentarme aún más invitando a dos chicas, lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijas. que se pasaron la noche chutándose *speed* en el cuarto de baño. Dave me arrastró hasta allí en determinado momento y tenían pinta de no tener ni idea de lo que estaban haciendo. Eran tan ineptas que me entraron ganas de quitarles la jeringuilla e inyectarlas yo mismo. A Dave le iba el rollo y bajo la insoportable luz fluorescente del baño se quedó en ropa interior y empezó a tontear con aquellas chavalas —que no tendrían más de diecinueve años— y me invitó a unirme a ellos. Recuerdo haber pensado que, de todos los motivos por los que aquella escena me parecía completamente sórdida, la luz era el peor de todos. La idea de que aquel tipo representara a nuestro grupo, y Kim Fowley con su colección de discos de oro prehistóricos, hizo que me resultara casi imposible no echarme a reír históricamente en su cara. Habría sido un suicidio profesional antes incluso de haber tenido algo que perder. Nunca habríamos tenido la menor oportunidad si hubiéramos aceptado trabajar con unos agentes igual de degenerados que el grupo.

A MEDIDA QUE GUNS SEGUÍAMOS ENSAYANDO, COMPONIENDO y actuando, trabajando para definir quiénes éramos, yo empecé a salir más. De repente había grupos a los que sí me apetecía ver porque finalmente la movida estaba cambiando: gente como Red Kross, que era un grupo glam pero con un rollo más sucio, mientras que al otro extremo del abanico estaban grupos como Jane's Addiction, que eran geniales y a los que podía apreciar a pesar de que no estuviéramos en la misma onda. Compartimos conciertos con varios de aquellos grupos más desconocidos y con ínfulas artísticas —recuerdo una actuación en el Stardust Ballroom— pero nunca terminamos de encajar. Los grupos de esa movida no nos consideraban lo suficientemente sofisticados, porque pensaban que éramos un banda glam del entorno del Troubadour, a pesar de que realmente no lo fuésemos. De lo que aquella gente no se daba cuenta era de que probablemente éramos mucho más oscuros y siniestros que ellos. Y tampoco sabían que no podíamos soportar a nuestros putos compañeros generacionales del otro lado de la ciudad.

De hecho, a medida que nuestra popularidad fue aumentando, comenzamos a tener enfrentamientos constantes con los grupos de «nuestro» lado de la ciudad. Nunca intentamos dar por culo a posta, pero al cabo de una temporada todos aquellos con los que compartimos escenarios nos tenían miedo debido a que Axl se había labrado una reputación de excesivamente volátil, capaz de perder la cabeza en cualquier momento. Salí con él varias noches en las que acabamos peleándonos con completos desconocidos por ningún motivo que yo recuerde. En lo que a Axl respectaba, seguro que había alguna buena razón para ello, pero desde mi punto de vista sencillamente nos limitábamos a hostiarnos con gente en la calle —literalmente en la calle— porque alguien le había mirado de manera rara o le había dicho algo que no le había gustado. Aunque debo reconocer que era divertido de cojones.

Diría que mi vida perdió todo tipo de estabilidad tan pronto como me despidieron del quiosco. Como ya he mencionado antes, había estado viviendo con Alison, la anterior encargada, alquilándole un rincón de su sala de estar, pero tan pronto como me quedé sin curro, mi chequera y su caridad se agotaron al mismo tiempo. Al no tener dónde vivir, cogí mi serpiente, mi guitarra y mi baúl negro y me mudé al local de ensayo de Guns, donde Axl y yo pronto pasamos a ser residentes permanentes. Izzy, Steven y Duff tenían novias que los alojaban; Izzy y Duff tenían incluso piso propio. Axl y yo éramos los únicos que no teníamos donde caer muertos.

Nuestro «estudio» era bastante cutre, un almacén situado en un edificio de Sunset y Gardner pensado para alojar cajas o coches, no personas. La puerta era de aluminio, como la de los garajes; el suelo de hormigón, y éramos los

únicos a los que se nos ocurrió convertir aquel espacio de 25 metros cuadrados en una residencia. En el edificio había un cuarto de baño compartido a unos cincuenta metros de allí, pero la mayoría de las veces yo prefería mear entre los arbustos que había al otro lado del callejón. Llamábamos a nuestro agujero Apartahotel Sunset & Gardner.

Era imposible que nuestro local de ensayo se pareciera ni remotamente a un espacio habitable, ya que ni siquiera estaba pensado como local de ensayo; apenas llegaba a ser un almacén decente.

Con el tiempo, Izzy decidió que al menos Axl y yo debíamos tener una cama como Dios manda, de modo que él y Steven encontraron unas tablas y levantaron una litera para dos, dejando la parte inferior hueca para meter la batería. Fue una innovación tan bien recibida como el retrete en la Inglaterra del siglo XVIII. Teníamos otro accesorio que hacía que nuestro «apartamento» pareciera más hogareño aún: una parrilla de carbón que alguno de nosotros compró o robó. Yo nunca la utilicé, porque por mucho que me guste la buena comida nunca me he molestado en intentar prepararla, pero de algún modo Steven e Izzy eran capaces de preparar platos bastante decentes con aquel trasto.

Nos tomábamos muy en serio lo de componer y ensayar a diario, pero como Axl y yo además vivíamos allí, el local pasó a ser un destino nocturno apartado y alejado de todo, sin ningún tipo de reglas. En una noche cualquiera, uno de los dos podía estar follando en la litera o afuera en la calle, mientras otro dormía la mona tirado entre un amplificador y la batería, y normalmente varios colegas se dedicaban a beber o a drogarse en el callejón hasta que salía el sol. Compusimos un montón de buenas canciones en aquel garaje, inspirados por nuestro entorno. Entre ellas: “Night Train”, “My Michelle” y “Rocket Queen”.

“Night Train” surgió juntando varias piezas dispersas. Recuerdo haber trabajado por primera vez el *riff* principal con Izzy, sentado en el húmedo suelo del local, poco antes de dejar de vivir en casa de Alison. No sabíamos adónde se dirigía la canción y tampoco teníamos ningún tipo de tema en mente, pero el ritmo molaba tanto que nos centramos en él y estuvimos tanteándolo. Recuerdo haberme sentido regular y al día siguiente acabé por desarrollar una infección en la garganta. Me pasé tirado enfermo los dos siguientes días en el sofá de Alison, pero mientras tanto Izzy le tocó a Duff lo que ya teníamos y Duff se dedicó a desarrollarlo, marcando aún más el ritmo y convirtiendo nuestros *riffs* en una instrumentación adecuada.

Ninguno de nosotros teníamos ninguna letra pensada para aquella composición, pero nos sentimos muy inspirados por ella y siguió flotando en el

cerebro de todo el grupo hasta que por fin encontramos un vehículo apropiado, que resultó ser una celebración de nuestra bebida favorita: Night Train, el tren nocturno.

Palm Avenue era una calle infaustamente célebre en nuestro mundo porque en ella vivían varias tipas bastante locas a las que conocíamos, así como varias drogadictas y también Lizzy Grey, el guitarrista de London. En aquel entonces pasábamos mucho tiempo en aquella manzana porque conocíamos a demasiados personajes del barrio, de modo que cada vez que salíamos a dar un paseo por allí siempre acababa pasando algo. Una noche nos encontramos compartiendo una botella de Night Train, un «vino» con un contenido alcohólico del 18% que en aquel entonces costaba menos de dos dólares la botella. Era el vino más chungo y baratero del mundo y nosotros nos lo embuchábamos como locos cuando no encontrábamos a nadie que nos pagara otra cosa. Puede que no parezca para tanto, pero decididamente colocaba; a menos que lo hayas probado, probablemente no comprenderás por qué nos encontramos de repente improvisando versos en su honor mientras dábamos tumbos por Palm Avenue. No recuerdo quién empezó, pero alguien gritó el estribillo: «¡Voy en el tren nocturno!». Todos nos unimos a él y seguimos cantando mientras Axl improvisaba los versos de respuesta: «¡De un solo trago!», «¡Lléname el vaso!», «¡Me encanta!» y «¡Estoy dispuesto a chocar y arder!».

Sencillamente nos salió en uno de aquellos momentos increíbles, igual que “Paradise City”. “Night Train” pasó a ser un himno que se nos ocurrió de manera casi instantánea, sin saber siquiera lo mucho que reflejaba quiénes éramos en aquel momento en concreto. Al igual que “Paradise City”, es un tema que tiene cierta cualidad inocente; casi es una rima infantil, una melodía agradable que bien podrían cantar unos chavales sentados en los columpios... al menos unos chavales siniestros cuyos columpios estuvieran en un sórdido callejón.

Aquella canción nos encendió a todos. No recuerdo si nos pusimos a ensayarla aquella misma noche o a la mañana siguiente, pero en menos de un día ya la teníamos completada. Axl escribió la letra, nosotros pulimos el resto y ya estaba. La probamos en nuestro siguiente concierto y funcionaba. Funcionaba *de verdad*. Esa canción tiene un ritmo en los versos que desde el principio siempre me vuelve loco. Incluso la primera vez que la tocamos, empecé a dar botes. No podía evitarlo. Cuando mucho más tarde empezamos a tocar en escenarios gigantes, me dedicaba a correr de un lado a otro, a saltar de los amplificadores y a dejarme llevar cada vez que la interpretábamos. Desconozco el motivo, pero ninguna otra canción de las que tocábamos en directo me hacía moverme igual.

Fruto de aquellas sesiones en el garaje fue otro de nuestros clásicos, “My Michelle”. La melodía se originó allí, creo que en el transcurso de un par de tardes. Me parece que fuimos Izzy y yo los que creamos la estructura básica y luego, como de costumbre, Duff aportó exactamente lo que la canción necesitaba para evolucionar. En cualquier caso, yo no escribí la letra, pero desde luego sé de qué habla. La protagonista de la canción es Michelle Young, una amiga de mi primera novia, Melissa. Pasé junto a ellas mis años de instituto, mucho antes de que Guns fuera una idea, ya no digamos una realidad.

El caso es que, como seguía en contacto con amigos míos interesados en la escena musical, como Mark Mansfield y Ron Schneider, muchos de mis antiguos colegas pasaron a tener relación con el universo Guns N’ Roses. Y gracias a nuestros amigos comunes, recuperé el contacto con personas a las que no había vuelto a ver desde que dejé los estudios, muchos de los cuales se vieron atraídos por nuestro mundo, para bien y en la mayor parte de los casos para mal.

Michelle fue una de ellas; incluso de niña ya era un loca de atar. Cuando empezó a frecuentar nuestro círculo, acabó enrollándose con Axl y juntos tuvieron un breve interludio romántico. Axl escribió la letra inspirándose en su vida, relatando palabra por palabra varios hechos de la misma. Por ejemplo, es cierto que su padre estaba metido en el negocio del porno y que su madre era una adicta a las pastillas que finalmente acabó por suicidarse. Pero que una buena amiga con la que había compartido cigarrillos en el cuarto de baño del instituto pasara a ser el tema de una de nuestras canciones más intensas... eso era otra historia. Como no podía imaginar que a la Michelle a la que yo había conocido fuera a hacerle mucha gracia que hiciéramos pública su historia, un día, justo después de haber ensayado la canción, le pregunté a Axl:

—Oye, Axl. ¿No crees que Michelle se va a ofender?

—¿Por qué iba a hacerlo? —me dijo—. No me he inventado nada, joder.

—Ya lo sé, lo que no sé es si le va a molar que lo cuentes. ¿No podrías cambiar la letra un poco?

—No —respondió—. Es la verdad. O sea que aunque no le guste pienso hacerlo de todos modos.

Esperaba lo peor. A pesar de que no teníamos nada por lo que nos pudiera demandar, esperaba que Michelle viniera a por nosotros de una manera u otra. Suponía que como poco odiaría la canción y que se sentiría humillada al ver toda su vida expuesta de tal manera. No podía haber estado más equivocado: desde el primer momento en el que tocamos la canción en directo hasta que la grabamos para nuestro primer disco, a Michelle le encantó toda la atención que generó sobre ella. En aquel momento era lo mejor que le

había pasado en la vida. Pero como tantos amigos que se vieron arrastrados por el oscuro remolino de Guns N' Roses, Michelle entró por un lado y salió por el otro. La mayoría acabaron en la cárcel o en clínicas de desintoxicación (o peor), pero me alegra decir que ella se cuenta entre los que supieron darle media vuelta a su vida antes de que fuera demasiado tarde. Varios de ellos acabaron mudándose a Minneapolis... quizá eso lo explique en parte.

“Rocket Queen” se inspiró en un *riff* que se me ocurrió a mí la primera vez que conocí a Duff. Era uno de los arreglos más complicados de lo que luego sería nuestro primer disco, principalmente porque tuvimos que integrar el *riff* con el estribillo más melódico de Axl. La canción está basada en nuestra mutua amiga Barbie, la cual incluso a los 18 tenía ya una reputación de lo más notoria. Era una drogadicta y reina de la movida underground. Con el tiempo acabaría haciéndose madama en un burdel, pero en aquella época Axl estaba encoñado con ella. Tengo entendido que ha sido capaz de sobrevivir a todos estos años.



FUE DURANTE ESTE PERÍODO DE COMPONER Y ENSAYAR en el Apartahotel Sunset & Gardner que empecé a percatarme de un cambio en Steven. Se presentaba en los ensayos demasiado elástico; parecía borracho, pero no lo veía beber. No conseguía entenderlo, porque su coordinación seguía siendo buena, de modo que me picó la curiosidad. Steven estaba saliendo con una chica que compartía piso con otra en la calle Gardner, muy cerca de nuestro local de ensayo. Empecé a acompañarle hasta allí todas las noches al terminar de ensayar y me pareció un rollo de lo más intenso: era como si el tiempo se detuviera tan pronto como cruzabas la puerta, todo el mundo se movía muy, muy despacio.

Conocí a la novia de Steve y a su compañera de piso, una chavala tan colocada que sólo verla me partía el corazón. Tengo que reconocer que también me parecía guapa, de modo que empecé a quedar con ella, y aunque sabía perfectamente que se metía algo, no sabía qué. Steven y yo íbamos a casa de ellas y los cuatro nos pasábamos la noche escuchando el *Goats Head Soup* de los Stones mientras yo les veía dormir. Finalmente supuse que sólo la heroína podía explicar un comportamiento tan sedado. Al principio, ninguno de los tres se pinchaba delante de mí, de modo que tardé en averiguarlo. Pero incluso si lo hubieran hecho, no la habría probado, porque en aquel momento la heroína no me llamaba la atención en lo más mínimo. No sabía demasiado acerca de ella y lo que veía no me impulsaba a probarla. ¿Por qué iba a hacerlo?

La compañera de piso era una de esas típicas historias de Los Ángeles: tenía 18 o 19 años; una niña rica que había cogido el dinero de su familia y había hecho todo cuanto estuvo en su poder para arrojársele a la cara. En el proceso, había acabado por joderse la vida a base de bien, y no hacía más que quejarse de su lamentable estado y de echarle la culpa de todo a su familia. Su solución era renegar y lloriquear hasta que no era capaz de soportarlo más, momento en el cual pasaba a colocarse y a buscar solaz en quedarse adormilada, lo cual, no hará falta decirlo, se interponía en sus limitados pero premeditados intentos por arreglar su situación. La película incluía una escena a primera hora de la mañana en la que su madre llega sin avisar para ponerle los puntos sobre las íes y yo, por supuesto, cometo el error de interponerme en su espantosa discusión.

No dije gran cosa, pero su madre se quedó convencida de que yo era la causa de la condición de su hija. Lo cierto es que yo era el único en su entorno que *no* se metía heroína. Su madre se marchó aquel día odiando mis entrañas y dejando atrás a su hija, pero al final acabó ganando: la chavala acabó desapareciendo de repente. Después de aquello, la novia de Steven también se mudó y ya nunca volvimos a ver a ninguna de las dos.

Hasta que vi a Steven y a las chicas chutándose, y con el tiempo empecé a hacerlo yo también, lo único que sabía sobre la heroína eran las películas antidrogas que había visto en la escuela y el argumento de *French Connection*, centrado en los maníacos intentos de Popeye Doyle por detener la importación de un gran alijo por parte de un cartel francés. En aquel momento no tenía ni idea de que todos mis héroes eran heroinómanos. Pero muy pronto lo iba a descubrir. La heroína acabó cubriendo toda mi vida como una hiedra sobre una pared.

Izzy y yo estábamos en el estudio de Nicky Beat en 1984 la primera vez que decidí perseguir al dragón con él, inhalando el humo que salía del papel de plata a través de una pajita. En realidad sólo conseguí que me provocara náuseas y ni siquiera me coloqué demasiado. No sentí el subidón instantáneo, de modo que rápidamente perdí el interés; mi idea de un buen rato no incluía pasárselo con continuas ganas de potar. A Izzy le bastaba con eso; era capaz de sentirse completamente satisfecho fumándola.

Un par de meses más tarde me metí un pico por primera vez y ahí sí que ya no hubo marcha atrás: después de aquello nunca quise volver a meterme de otra manera que no fuera en vena. Era como cualquier otro buscador de emociones fuertes; las quería rápidas y las quería al momento. Nunca he sido capaz de colocarme si no es con jeringuilla. Y si no puedo, prefiero no molestarme; es un desperdicio de drogas, una pérdida de tiempo y una

decisión consciente de hacerlo mal. Lo intenté tal y como se supone que debe hacerse, con el antiguo y civilizado método de perseguir al dragón según la tradición china, pero a mí no me sirvió. Los chinos usaban la heroína de una manera tranquila y compuesta, tal y como hacían con el opio. El método intravenoso se desarrolló mucho más tarde en Occidente, cuando la gente empezó a usar la heroína con fines recreativos. Las jeringuillas se utilizan porque aportan un factor de gratificación instantánea, que es lo que buscaba la gente de la calle. En Norteamérica, en los días del salvaje oeste, había más mujeres enganchadas que hombres, principalmente prostitutas y camareras, y todas ellas usaban jeringuillas.

Una noche puede cambiar realmente tu vida, y aquella fue la noche que cambió la mía. He pensado mucho en esto y estoy convencido de que probablemente se debiera a todo el Jim Beam que había bebido. Estábamos en el piso de una conocida de Izzy. Yo estaba sentado frente a su mesa de maquillaje, en un cuarto de baño vagamente iluminado, una atmósfera muy drogata. Ella me ató el brazo, cargó la jeringuilla, me inyectó... y me inundó una oleada surgida de algún lugar en lo más profundo de mi estómago. Sentí un enorme subidón y eso es todo lo que recuerdo. Me dejé arrastrar al vacío, perdí el sentido, caí de la silla y desperté despatarrado sobre el suelo horas más tarde, cuando ya amanecía. Me llevó un momento adivinar lo que había pasado: junto a mí estaba la botella de Jim Beam de la que había estado bebiendo y por un momento olvidé por completo haberme metido jaco.

Miré a través de la puerta y vi a Izzy y a la chica dormidos en la cama; fue entonces cuando me percaté de que me sentía de algún modo... diferente. No estaba seguro de qué podía ser, al margen de la certeza de que no era nada familiar. En cualquier caso me pareció bien, porque me sentía del mejor humor posible. Cuando Izzy y su amiga se despertaron, nos quedamos pasando el rato y me sentí tan satisfecho, tan feliz, que estaba en paz con absolutamente todo. Izzy se sentía igual.

El piso de la chica estaba junto a Wilshire, cerca del centro de L.A., y aquella mañana salimos de allí sin una preocupación en el mundo. El futuro parecía luminoso a pesar de que no teníamos la más mínima perspectiva. Mientras la mañana se apoderaba de la ciudad, fuimos paseando de regreso hasta Melrose, en Hollywood, y fue entonces cuando se me ocurrió la brillante idea de ir a visitar a una chica a la que conocía. Era una chavala muy atractiva que estudiaba en el Fairfax High y que estaba colada por mí. A pesar de que no la conocía demasiado bien, sabía que su madre se pasaba el día en el trabajo, de modo que fuimos a verla a pasar el rato y nos tiramos toda la tarde escuchando a los Beatles. Tenía una gran habitación de niña bien con

un edredón lanudo, y la luz del sol entraba en el cuarto de una manera bien peculiar; toda la estancia era aireada y blanca y rosa y suave.

Izzy y yo nos tiramos en un rincón y escuchamos la música. Me enamoré del tema “Dear Prudence”. El paso de “Revolution” a “Dear Prudence” parecía ser lo único que importaba en el mundo. “Norwegian Wood” también era buena. Nos pasamos allí la mayor parte del día y luego nos marchamos. Mientras regresábamos a casa, cada vez que parábamos de andar, volvía a caer en ese glorioso estado adormilado que provoca la heroína. Me di cuenta de que el subidón me había durado un día entero.

Esto es lo mejor que he probado nunca, pensé para mí mismo. Nunca había sentido nada parecido.

Tenía diecinueve años.



NUESTRO LOCAL DE ENSAYO/RESIDENCIA ERA EL LUGAR AL QUE se dirigía el grupo con todos sus moscones al final de cada noche. Era al sitio al que íbamos después de haber dado un concierto y de que el club que fuese nos hubiera echado para cerrar el local. A medida que nuestro número de fans fue aumentando, este ritual pasó a ser una idea poco precavida que no podía acabar bien, pero insistimos en prolongarlo. El «apartahotel» estaba lo suficientemente metido en Hollywood como para que nadie salvo las prostitutas y los drogadictos rondaran por allí tras la puesta de sol. Nuestros vecinos a ambos lados eran oficinistas de los de nueve a cinco, con la excepción de la escuela primaria Gardner, que estaba justo detrás de nuestro garaje y cuyo horario era de las ocho a las tres. Era fácil que cincuenta personas o más pudieran pasarse toda la noche de juerga, metiéndose jaco, fumando maría y rompiendo botellas contra las paredes sin que apareciera la policía. Pronto, la movida creció tanto como para ocupar nuestro garaje, todo el callejón y un aparcamiento que había junto al edificio: uno podía encontrarse tipos con botellas de licor ocultas en bolsas de papel marrón entregados a toda clase de actividades sórdidas e ilegales a menos de cincuenta metros de Sunset Boulevard a cualquier hora de la noche. Seguíamos hasta más allá del amanecer, pero cuando los chavales iban llegando a la escuela primaria por las mañanas, normalmente empezábamos a replegar. Afortunadamente nuestra movida jamás llegó a interactuar con la suya, a pesar de que su noria acabó un día en la parte trasera de nuestro local.

Otro grupo utilizaba el garaje contiguo al nuestro y nunca podíamos recordar cómo se llamaban... oh, espera, se llamaban The Wild. Dizzy Reed tocaba los teclados con ellos y así es como Axl y él se hicieron amigos. The

Wild era la típica banda de rock del momento que yo nunca iba a ver en directo; tampoco prestaba mucha atención a cómo tocaban. Sí que salía de marcha con ellos, sin embargo. Nuestra vida en el local de ensayo quedó definida por los dos grupos corriéndose juergas noche tras noche en un barrio maltrecho.

El nivel de degeneración, por nuestra parte al menos, llegó a ser bastante exagerado. Recuerdo estar una noche en la litera después de un concierto con Izzy y una chavala. Nos la estábamos follando por turnos, pero Izzy no tenía condón, por lo que cuando la sacó en el último momento se corrió en mi pierna, ya que yo estaba allí al lado junto a ella. Aquello me quitó las ganas de seguir, la verdad. Me senté, miré a Izzy y le dije:

—Colega, *tenemos* que encontrar un local más grande.

Una movida tan descontrolada no podía durar, y cuando finalmente se desgajó lo hizo de la manera más dramática. Tras una actuación en particular, como de costumbre, nuestros amigos y quienes estuvieran en el club regresaron con nosotros para seguir la juerga hasta la mañana. Hay que decir que la mayoría de las chicas que decidían venirse de fiesta a nuestro callejón hasta las seis o las siete de la mañana no eran las más brillantes de la clase; pero esta noche en particular vino una que perdió la cabeza del todo. Mi recuerdo de los hechos es vago, pero por lo que recuerdo se acostó con Axl. Hacia el final de la noche, quizá a medida que las drogas y el alcohol comenzaron a perder efecto, a la tía le entró el mal rollo y empezó a montar un pollo. Axl le dijo que se marchara e intentó echarla. Yo intenté mediar en la situación para ayudarle a sacarla de allí sin demasiado escándalo, pero no hubo manera.

Como una semana más tarde, Steven estaba allí cuando los policías irrumpieron y lo pusieron todo patas arriba. Rompieron un par de piezas de nuestro equipo en busca de contrabando y atosigaron a cualquiera que tuviera algún tipo de relación con nosotros; amenazaron a Steven con arrestarlo si no les decía dónde encontrarnos a Axl y a mí, ya que nos buscaban por supuestamente haber violado a la chica aquella. Steven se puso en contacto con nosotros para avisarnos, por lo que nos mantuvimos alejados de allí el resto del día. Me pasé por allí a la mañana siguiente, que estaba lloviendo y hacía un frío desapacible, y me encontré a Izzy intentando poner orden en el desastre que nos habían dejado los polis. Yo me sentí completamente desconcertado, porque ni siquiera había hecho nada, apenas había hablado con la chica en cuestión aquella noche, como prácticamente todos.

Era una situación chungu, de modo que decidí desaparecer una temporada; cogí un par de cachivaches y fui a esconderme con Steven en el piso de

su nueva novia, Monica, al que podíamos llegar andando. Monica era una actriz porno sueca que había acogido a Steven, y no podría haber imaginado un lugar mejor para ocultarme, porque solíamos montarnos unos tríos *acojonantes*. Monica era genial, una anfitriona maravillosa, y además tenía teléfono, por lo que pude mantenerme al día de cómo iba evolucionando nuestro dilema legal. No pintaba bien: el problema era real, Axl y yo estábamos en busca y captura por agresión y violación. El futuro se presentaba oscuro y los progresos del grupo se cortaron en seco.

Los padres de la chica tenían contactos en el departamento de policía y estaban decididos a presentar todos los cargos posibles. Axl se marchó al condado de Orange, donde encontró refugio en el apartamento de una amiga durante un par de semanas mientras yo seguía con Steven y Monica. Por temor a que nos arrestaran, no dimos actuaciones e intentamos pasar desapercibidos. Lo cierto es que Axl decididamente se había acostado con la chica, pero había sido de mutuo acuerdo y nadie la había violado. ¡Yo ni siquiera la había tocado! Cuando al cabo de un par de semanas empezamos a pensar otra vez de manera racional, solucionamos la situación siguiendo los canales adecuados.

Axl regresó a L.A. y los dos nos mudamos junto a Vicky Hamilton y su compañera de piso, Jennifer Parry. Vicky contrató a un abogado para que llevara nuestro caso. También se arrepintió de inmediato de habernos acogido: Axl y yo nos apropiamos del salón de su pintoresco apartamento de una sola habitación y entre las botellas vacías y el interminable desfile de personajes que parecían seguirnos allá donde fuéramos, de la noche a la mañana lo dejamos hecho un desastre. Axl dormía en el sofá. Yo dormía en el suelo y lo que en otro tiempo había parecido un salón ahora parecía el escenario de una explosión. La cocina era un puto desastre; en tan sólo una semana la basura y los platos sucios llegaban hasta el techo. Por suerte, había convencido a mi ex novia, Yvonne, para que cuidara durante una temporada de mi serpiente, Clyde. El caso llegó a juicio, pero en algún momento del proceso retiraron los cargos contra mí. Axl, sin embargo, tuvo que hacerse con un traje y presentarse frente al juez, pero una vez hubo declarado se retiraron también los cargos contra él y ahí acabó todo.



HABÍAMOS PERDIDO LO QUE PARECÍA UN AÑO DE NUESTRAS VIDAS solucionando aquel embrollo legal, porque hasta entonces todos los días habíamos avanzado con una intensidad feroz. Tras aquel accidente, vaciamos el garaje en el que teníamos el local de ensayo y empezamos a tocar de nuevo

y a preparar nuevos temas. Nuestros amigos Danny y Joe seguían con nosotros; el viejo Oldsmobile verde de Danny seguía siendo nuestro principal medio de transporte. Danny era un tipo estupendo con pelo a lo James Dean y desprendía seguridad en sí mismo. Él y yo acabamos siendo además colegas de cuelgues; a partir de que empecé a meterme heroína, recorríamos todo L.A. en su metálico gigante verde en busca de jaco.

En aquel entonces Joe era nuestro pipa y también mi técnico de guitarras, a pesar de que lo hacía bastante mal. Recuerdo haber sido cabezas de cartel en el Roxy y una de las tareas de Joe era traerme un *slide* durante el solo de “Rocket Queen”, pero para cuando llegó a ponerme el *slide* en el dedo el solo ya había acabado. Me cabréé tanto que lo saqué del escenario de una patada. Pero luego siempre se lo perdonaba todo, porque Joe era un tío tan leal y currante que cualquiera habría querido tenerlo cerca. Joe siempre era el que nos apoyaba cuando las cosas se ponían feas y ese tipo de dedicación no se paga con dinero.

No nos parecíamos en nada a los demás grupos que tocaban en el Strip. Por lo general ni siquiera nos importaba lo que hacían. Sí que sentíamos, en cualquier caso, un desprecio tácito compartido por Poison, ya que en aquel momento eran la banda local más importante de nuestro entorno y el epítome de todo lo que odiábamos de la movida musical angelina. Estuvimos a punto de tocar un par de veces con ellos en diferentes momentos al inicio de nuestra carrera, pero siempre salía algo mal. Creo que en una ocasión no aparecieron y nos vimos obligados a tocar dos sets para cubrir su ausencia, y creo que otra de las veces el promotor anuló el concierto en el último minuto debido a alguna maniobra turbia por parte de ellos.

Una de nuestras actuaciones más memorables de aquella época tuvo lugar en un festival al aire libre llamado Street Scene que se celebraba en seis o siete escenarios simultáneos repartidos por el centro de Los Ángeles, ocupando un circuito de varias manzanas. En 1983 participamos por primera vez y nos programaron como teloneros de Fear, el único grupo de punk de L.A. que me interesaba de verdad. Condujimos hasta allí en el Oldsmobile de Danny y estábamos descargando nuestro equipo en el aparcamiento para los músicos cuando vimos una marea de gente correr hacia nosotros. Continuamos descargando y la multitud pasó zumbando a nuestro lado, a toda velocidad, como si huyeran de Godzilla o de un tipo con una escopeta. No pudimos ver cuál era el problema hasta que finalmente nos acercamos lo suficiente al escenario como para comprobar que no había escenario: los fans de Fear habían montado tal pollo que lo habían derribado antes incluso de que el grupo pudiera salir a tocar.

Nuestra representante, Vicky, y yo vagamos por aquel guirigay en un intento por encontrar otro hueco en el programa del día. Fuimos de escenario en escenario hablando con los organizadores, buscando una oportunidad hasta que encontramos una: tocar después de Social Distorsion. Seguir a un grupo punk local tan admirado como ellos no parecía en principio una buena idea, pero al final resultó ser uno de los mejores conciertos de toda nuestra carrera.

El público era auténticamente punk y seguían teniendo ganas de sangre. Salimos allí y atacamos nuestro repertorio, y en apenas treinta segundos el concierto pasó a ser una competición de escupitajos entre nosotros y las primeras cinco filas: los fans de Social Distorsion nos escupieron así que nosotros nos liamos a escupirles a ellos. Fue divertidísimo y memorablemente repugnante. Recuerdo haberme acercado al extremo del escenario en el que estaba Izzy y ponerme a escupir junto a él a toda aquella peña, porque ese era el tipo de grupo que éramos. Éramos muy tenaces, de modo que hiciera lo que hiciera el público, siempre se lo devolvíamos con creces. Para cuando acabamos el set, aquella asquerosa guerra de voluntades pasó a ser la hostia de divertida. Terminamos cubiertos de flemas verdes, y teniendo en cuenta que hacía bastante calor, no sólo acabé teniendo que quitarme la camiseta, sino que el calor coció los gargajos de modo que todos empezamos a oler bastante mal. Nada importaba. Era impenetrable: en el momento, la energía se apoderaba de mí por completo.

La siguiente vez que tocamos en el Street Scene también fue memorable, pero por otros motivos. Aquella vez nos tocó ser teloneros de Poison, que iban a ser cabezas de cartel en uno de los escenarios principales. Era el concierto más gordo que nos habían ofrecido hasta entonces y estábamos dispuestos a barrer el escenario con Poison. Al final, ni siquiera hizo falta: salimos a tocar y todo el mundo se volvió loco, subiéndose a los andamiajes y bamboleando el escenario de un lado a otro. Para cuando hubimos terminado, el encargado de seguridad decidió cancelar el evento. Recuerdo haber visto a los Poison con todos sus oropeles, dispuestos a salir pero incapacitados para hacerlo. Me dio un gran gusto verles tan maqueados sin un escenario en el que tocar.



PERO... VOLVAMOS A LA HEROÍNA. EN LAS SEMANAS QUE SIGUIERON a aquella primera vez en la que me pasé la tarde con Izzy tirado en el dormitorio rosa de aquella chavala del Fairfax High, desarrollé una nueva afición. Y estaba completamente dispuesto a disfrutar de aquel período de luna de miel.